

TRADUCCIÓN
CÓMO WANG XINZHI CON SU
MUERTE SALVÓ A
TODA LA FAMILIA

Primera Parte

FENG MENGLONG

Traducción del chino, notas y posfacio: John Page*

El Colegio de México

*Esa anciana canosa del dique Su,
No sabemos en que año nació.
Hacia el sur siguió a la corte, y de
La antigua Kaifeng sabe cuentos de antaño
Cuando vino el antiguo emperador,
Preguntó por el pasado y se puso triste.
Ella, respetuosamente, le sirvió una deliciosa*

]sopa de pescado.

CUENTAN QUE DURANTE LOS PERÍODOS Qiandao y Shunxi¹ de la gran dinastía Song, Xiaozong ascendió al trono y Gaozong fue elevado a emperador emérito. Las relaciones con el Estado de los Jin² eran amistosas: las cuatro fronteras estaban en paz, los asuntos militares estaban en receso mientras florecía la cultura, y el soberano y sus súbditos estaban en armonía. De cuando en cuando el Emperador Xiaozong atendía al emperador emérito a bordo de la embarcación imperial, y juntos gozaban navegando por el Lago del Oeste. A los mercaderes del lago no se les prohibía nada, de suerte que cuando Sus Majestades salían a navegar, muchos de ellos buscaban ser favorecidos por la clientela imperial. Sólo los vendedores de vino eran más de ciento diez.

Cuentan además que entre éstos se encontraba una vendedora de vinos de apellido Song, quien era la quinta de su familia, por lo que se llamaba Song Wusao. Era originaria de la

* Agradezco profundamente la ayuda y paciencia de C.T. Hsia, Wu P'ei-yi y Russell Maeth en las múltiples consultas y revisiones de la traducción de este cuento.

¹ El período Qiandao, 1165-1174; el período Shunxi, 1175-1190.

² Jin, la dinastía tangut o proto-manchu de los Ruzhen que rigió el norte de China de 1115 a 1235.

Capital del Este,³ donde se había hecho famosa por la deliciosa sopa de pescado que preparaba. Durante el período Qianyan⁴ siguió a la corte imperial cuando ésta se trasladó al sur y ahora vivía en el dique Su, y también buscaba ser favorecida por la clientela imperial

Un día, mientras el emperador emérito navegaba por el lago, ordenó que atracara su barco en el dique Su. Al oír una voz, con acento de la Capital de Este, envió un funcionario para que trajera a quien hablaba con tal acento. Pronto llegaron con la anciana. Un viejo eunuco reconoció a Song Wusao, la que antes había vivido en Fanlou, Kaifeng, y preparaba esa maravillosa sopa de pescado. Informó al emperador emérito. Éste, al oír hablar de aquellos tiempos pasados, se entristeció, y profundamente conmovido, ordenó que se le preparara y sirviera una sopa de pescado. Cuando la probó, la halló tan deliciosa que obsequió a la anciana cien monedas de cobre. El hecho pronto cundió por todo Linán,⁵ y los nobles, los ricos y los pudientes, acudieron todos a comer la rica sopa de pescado de Song Wusao. El resultado fue que la anciana muy pronto se hizo rica. Hay un verso que lo comprueba.

¿Cuántas monedas cuesta un plato de sopa?
Preparada según la receta de la antigua capital,
iluminó la faz imperial.
A diario venía la gente a acabar con ella,
al doble de su precio.
Por un lado compraban el prestigio imperial,
y por el otro, una deliciosa sopa de pescado.

Un día, la embarcación imperial pasó el Puente Quebrado. El emperador emérito desembarcó y fue a pasear, topándose con una elegante vinatería. Tomó asiento y se fijó en un biombo blanco liso que estaba en el recinto y ostentaba un poema según la melodía "El viento en el pinar", que decía:

En la primavera, a menudo gasto el dinero
[comprando flores,⁶

³ Capital del Este, Kaifeng, capital de la dinastía Song del Norte.

⁴ El período Qianyan 1127-1131, primero de la dinastía Song del Sur.

⁵ Linán, capital de la dinastía Song del Sur.

⁶ Flores, entiéndase mujeres.

manejo de sus bienes y propiedades, de suerte que muy pronto volvió a ser tan rico como antes. Wang Fu tenía un hermano menor llamado Wang Ge, cuyo nombre de cortesía era Wang Xinzhi,¹² quien tenía grandes aptitudes, tanto civiles como marciales. Desde pequeño el hermano menor había compartido la misma vivienda con su hermano. No obstante, a causa de una reflexión ociosa expresada por Wang Fu durante una discusión alcohólica, Wang Xinzhi abandonó solo el hogar, echando la bravata: "Juro que no volveré hasta no juntar mil onzas de oro". No se llevó sino un paraguas, pensando: "Adónde iré? He oído decir que en la región Huai-Qing se puede ganar la vida trabajando la tierra, o en la fundición. Ahí iré para abrirme un nuevo camino en la vida". Infortunadamente, no tenía dinero para sus gastos de viaje, por lo que inventó un plan. Desde niño había estudiado el arte de la lanza, la porra y el puño. Arremangándose la blusa y haciéndose pasar por un luchador ambulante, frecuentaba sitios concurridos donde hacía simulacros de boxeo o, empuñando el paraguas, demostraba el arte de la lanza o la porra. Nunca faltaba quien lo aplaudiera, ofreciéndole unas monedas con las cuales pagaba comida y vino.

Después de algún tiempo, cruzó el Yangzi, y observando las características del paisaje a lo largo del camino llegó a la prefectura de Anqing. De ahí siguió unos treinta *li* más allá de Susong, hasta un lugar llamado colina de Madí. Entre un sinfín de áridas colinas no había más que un solo templo a la vista. No lo habitaba ni un alma, a pesar de que en las colinas abundaba la madera para hacer carbón.

"Si aquí instalo una fundición —se decía Wang Xinzhi— "tendré el carbón a la mano y lograré el monopolio de toda la comarca". Se apoderó del templo para vivir en él y reclutando a unos vagabundos de por ahí, los mandó a las colinas a hacer carbón. Con el producto de la venta del carbón compraba chatarra y así estableció la fundición. Los implementos de hierro que producía la fundición después se vendían en el

¹² En el texto chino el nombre Wang Ge aparece con más frecuencia que Wang Xinzhi, sin embargo, como éste aparece en el título del cuento se optó por usarlo uniformemente en toda la traducción, salvo dos excepciones.

mercado. Cada uno de sus empleados tenía una tarea específica. Recibían un trato bondadoso y severo a la vez, de suerte que todos lo respetaban y lo querían. A los pocos años había establecido una empresa considerable. Entonces envió a un empleado a Yanzhou para que trajera a su esposa a Madí, donde construyó un caserón imponente. La vinatería local, que cada año arrojaba pingües ganancias, también cayó en sus manos. Luego se enteró de que en el distrito de Wangjiang había un lago denominado Tianhuang, de aproximadamente setenta *li* de circunferencia, que producía una gran cantidad de pescado y juncos. Wang Xinzhi obtuvo la concesión de explotar los productos del lago, y como resultado, más de cien familias pesqueras tuvieron que ponerse a sus órdenes y pagarle el impuesto anual de pesca, con lo que se enriqueció aún más. Wang Xinzhi pronto fue el único ostentador de poder en la localidad de Madí, de suerte que si había disturbios de cualquier naturaleza la resolución quedaba a su solo arbitrio. Siempre salía armado y acompañado de un gran séquito, como si fuera un funcionario de alta categoría. Los pobres se amontonaban a su alrededor como en el mercado. Él los trataba con compasión y ellos, a su vez, estaban dispuestos a servirlo con toda su voluntad. Hasta los funcionarios de los distritos y las prefecturas vecinas sentían el peso de su riqueza. Si tenían buenas relaciones con él, bebían juntos, pero si se llevaban mal, él buscaba pruebas de abusos en su contra. Si sus diferencias eran menores, los hacía demandar por terceros hasta destrozar su reputación. Si la disputa era más grave, los mandaba asaltar en despojlados por bandidos que desaparecían sin dejar rastro. Así, todo el mundo le temía. Querido por unos y temido por otros, evidentemente era

Guo Xie¹³ vuelto a nacer,
 Zhu Jia¹⁴ reaparecido.
 Sus caprichos oprimen a la campiña.
 Su nombre resuena en toda la provincia.

Ahora nuestro relato toma otro sesgo. Huangfu Ti, Comi-

^{13,14} Guo Xie y Zhu Jia, dos caballeros andantes de la dinastía Han cuyas biografías se incluyen en el *Shiji*.

sionado para la Pacificación¹⁵ en Jiangsu y Anhui, era muy querido por los notables y terratenientes a causa de su generosidad. De todas partes acudían a él los valientes diestros en el uso de las armas. Entre éstos elegía a los más bravos, les daba dinero y haberes, los hacía entrenar día y noche, y los bautizó como "Ejército leal y recto". El ministro Tang Situi envidiaba su reputación y quería su puesto para uno de sus propios partidarios, Liu Guangzu. Por lo tanto, hizo que un censor que le era leal presentara una memoria al trono acusando a Huangfu Ti de despilfarrar cantidades exorbitantes de dinero y provisiones, en la manutención de un montón de rufianes poco confiables, inútiles para fines militares y que algún día serían el azote de la región. Huangfu Ti fue destituido por decreto imperial y Liu Guangzu nombrado en su lugar. El tal Liu Guangzu era a la vez terriblemente cruel y un cobarde despreciable. Se esmeraba en adular al ministro Tang Situi, deshaciendo todo cuanto Huangfu Ti había logrado. Dispersó el "Ejército leal y recto", devolviendo a sus integrantes a sus campos de labor para desarraigarlos de la región. Así, las tropas que Huangfu Ti había entrenado con tanto esfuerzo durante tantos años, hasta formar un ejército, fueron de golpe dispersadas. Algunos, de hecho, se volvieron a sus aldeas, pero otros se confabularon y se dedicaron al bandidaje.

Entre éstos se encontraban dos hermanos, Cheng Biao y Cheng Hu, de Xingzhou. Ambos eran expertos en artes marciales. Después de haber sido licenciados por Liu Guangzu y de haber gastado lo que les quedaba de su sueldo, encontrándose sin medios de subsistencia, se pusieron a pensar en quién arriarse. De repente, se acordaron del Maestro de Armas Hong Gong, ahora vecino del callejón Cang, cerca de la puerta sur de la cabecera del distrito de Taihu, donde tenía un pequeño salón de té. Había participado también en el entrenamiento militar y se habían llevado muy bien. ¿Por qué no buscarlo y consultar acerca de su vida futura con él? Los hermanos liaron sus pertenencias y se dirigieron a Taihu en busca de Hong Gong. Afortunadamente, ahí estaba en el salón de té cuando llegaron. Des-

¹⁵ Comisionado para la Pacificación, un funcionario con cargo militar encargado del control de las tribus sometidas al régimen chino.

pués de intercambiar saludos y comentarios sobre el tiempo, los dos hermanos explicaron su presencia. Hong Gong vivía modestamente por lo que no estaba en condiciones de hospedarlos. Sin embargo, esa noche mató un pollo para agasajar a sus invitados y después los llevó a un templo para que pasaran la noche. Al otro día los volvió a invitar a su casa para que desayunaran, y sacando una carta, les dijo: "Les agradezco a los dos que hayan venido de tan lejos; deberían quedarse unos días, pero mi casa es pobre y su hospitalidad es deficiente. Ahora me despediré de ustedes entregándoles una carta de recomendación dirigida a una persona con quien, si se llevan bien, deberán encontrar riqueza y honores". Los hermanos le dieron las gracias y, despidiéndose, partieron, llevándose la carta. En ella estaba escrito: "Para ser abierta por el doceavo señor Wang Xinzhi de la colina de Madí, Distrito de Susong". En seguida se dirigieron a Madí. Llegando, buscaron a Wang Xinzhi y le entregaron la carta de Hong Gong. Wang Xinzhi abrió la carta y leyó lo siguiente: "Yo, Hong Gong, su inferior, le saludo, doceavo señor Wang Xinzhi, y le dirijo estas palabras. Desde que nos separamos he pensado en usted constantemente. Los portadores de esta carta, los hermanos Cheng Biao y Cheng Hu, son excepcionalmente dotados para las artes marciales, habiendo sido hasta hace poco tiempo integrantes del "Ejército leal y recto". Ahora el nuevo comandante los ha licenciado y yo, respetuosamente, se los recomiendo y le ruego los emplee en su casa. Su hijo disfrutará de su compañía y yo le estaré muy agradecido si los recibe. En varias ocasiones ha convenido usted en venir a ver los muchos y productivos lagos que hay en este distrito. ¿Por qué aplaza usted su llegada? Debería usted tomarse el tiempo de inspeccionarlos, porque seguramente encontrará en ellos un buen negocio".

Wang Xinzhi se puso feliz al leer la carta y llamó a su hijo Wang Shixiong para presentarlo. En seguida festejó y agasajó a sus invitados y les mandó preparar una habitación para hospedarlos. Desde entonces, Cheng Biao y Cheng Hu vivieron en la casa de Wang Xinzhi, y desde la mañana a la noche hacían ejercicios de tiro al arco, equitación, lanza y porra con Wang Shixiong.

Pasaron rápidamente más de tres meses y Wang Xinzhi tuvo que ir a Linán por asuntos de negocios. Al oír los hermanos Cheng que estaba a punto de salir, ellos también quisieron partir. "Hermanos, ¿a dónde quieren ir ahora?" —les preguntó Wang Xinzhi: "Queremos regresar a Taihú para volver a ver al Maestro de Armas Hong Gong" —respondieron los Cheng. Wang Xinzhi escribió una respuesta para enviar a Hong Gong y estaba por confiársela a los Cheng cuando vio acercarse a su hijo Wang Shixiong. "No soy todavía experto en el manejo de la lanza y la porra", —le dijo a su padre—. "Quisiera que los Cheng se quedaran más tiempo para enseñarme las tácticas". Wang Xinzhi accedió a los deseos de su hijo y, dirigiéndose a los Cheng, les dijo: "La instrucción de mi hijo todavía no está terminada; por favor, quédense uno o dos meses más, hasta que a mi regreso los pueda despedir debidamente". Cuando se percataron los Cheng del deseo de Wang Xinzhi acordaron quedarse.

Wang Xinzhi llegó a Linán y rápidamente concluyó sus negocios. En la corte corrían rumores de que los bárbaros Jin habían contravenido el tratado y que el emperador había ordenado que se hicieran planes de ataque y defensa militar. Wang Xinzhi elevó una petición al trono en la que criticaba acerbamente la política de apaciguamiento, y señalaba que, aunque el imperio estaba en paz, era extremadamente peligroso hacer caso omiso de la amenaza de la guerra. Y agregó que siendo la región del Yangzi y del Huai de gran importancia para el sudeste, había sido un lamentable error político licenciar al "Ejército leal y recto". Concluyó diciendo: "Aunque carezco de talento, estoy dispuesto a ponerme a la cabeza de los leales y valientes de los dos lados del río Huai, como la vanguardia del país, para recuperar la llanura central y vengar las humillaciones de muchas generaciones. Así quisiera demostrar mi celo por el país".

El emperador leyó la memoria y la remitió al Consejo Privado para que se le diera respuesta. Los funcionarios del Consejo Privado eran todos unos timoratos, incapaces de actuar oportunamente y con fuerza, o de precaverse contra la amenaza. Además, tratándose de una memoria al trono debida

a un hombre común, ninguno estaba dispuesto a hacer una excepción y recomendarlo para un puesto oficial. Además todavía no se sabía a ciencia cierta si los tártaros Jin estaban en pie de guerra. Por lo tanto, la memoria quedó durmiendo el sueño de los justos, mientras los funcionarios, con palabras y cumplidos cálidos, invitaron a Wang Xinzhi a mantenerse en contacto con el Consejo en espera de un nombramiento. Wang Xinzhi tuvo entonces que quedarse en Linán, sin poder regresar rápido a su casa. Era de veras el caso de que

Cuando los generales y ministros son incapaces,
[se debilita la nación.

El patriotismo de un hombre común, no conduce ¡ay! a nada.
Su dinero agotado, sus pieles hechas harapos,
Lamenta haber presentado una memoria al trono.

Aquí nuestro relato cambia de rumbo de nuevo y continúa con la historia de Cheng Biao y Cheng Hu, quienes habían vivido casi un año en casa de Wang Xinzhi. Habían prodigado toda su pericia en beneficio de Wang Shixiong con la esperanza de que éste fuera también pródigo en su agradecimiento. Wang Shixiong estaba dispuesto y era generoso, pero su padre se había ido y todavía no regresaba. Los Cheng esperaban con impaciencia y seguían obstinados en irse. A pesar de las sinceras súplicas de Wang Shixiong, no querían quedarse. No obstante que en ese momento disponía de poco dinero, junto éste cincuenta onzas de plata que entregó a los Cheng, a razón de veinticinco onzas para cada uno, más un juego de ropa y una comida de despedida. "He recibido su valiosa instrucción —les dijo en la despedida— y debería demostrar mi agradecimiento con la mayor generosidad. Infortunadamente mi padre ha estado ausente en Linán durante mucho tiempo. Ustedes tienen mucha prisa para irse y yo no tengo la autorización para gastar el dinero de mi padre. Sólo tengo estos pocos medios personales que les servirán mientras tanto para gastos de viaje. Si más adelante volvieran a pasar por aquí, espero que me permitan hacerles un obsequio de mayor cuantía". El dinero era insuficiente para los Cheng y sus esperanzas se desvanecieron. No dijeron una sola palabra, pensando para sí. El maestro de Armas Hong Gong nos dijo que los Wang, padre e hijo,

eran espléndidos, que valoraban la amistad y que asegurarían nuestro porvenir. Precisamente por eso hemos venido. Hemos estado aquí casi un año y lo que nos da como regalo de despedida no es más de lo que hubiera sido nuestro sueldo en el "Ejército leal y recto" Si nos hubiéramos enterado a tiempo, habríamos partido mientras Wang Xinzhi todavía estaba en casa, para que nos hubiera dado siquiera algo más para los gastos de viaje. Pero he aquí que Wang Xinzhi no ha vuelto y nosotros hemos tomado la copa del estribo. No nos podemos quedar, aunque quisiéramos". Y partieron sumamente desanimados. Al despedirse, pidieron a Wang Shixiong una carta para el Maestro de Armas Hong Gong. Wang Shixiong no era muy bueno para leer y escribir, por lo que sacó la carta previamente escrita por su padre y se la entregó a los Cheng. En seguida los acompañó un trecho y regresó a su casa.

Ese día los Cheng siguieron su marcha hasta que se cansaron. Al atardecer buscaron una posada donde pasar la noche, compraron vino y se sentaron a desahogar su resentimiento. "Wang Shixiong ya no es un niño de tres años —gruñó Cheng Hu—. No es posible que no haya tenido la autorización de disponer siquiera de cien sartas de monedas. Navegaba con bandera de pobre nada más para engañarnos y menospreciarnos". "Aunque el muchacho nos haya menospreciado —respondió Cheng Biao— no deja de ser nuestro amigo. Lo malo es que Wang Xinzhi se ausentó sin tomarnos en cuenta. Durante meses ni siquiera nos envió una carta. Sólo nos dijeron que nos esperaríamos a su regreso para recibir su obsequio de despedida. ¿Si se demorara diez años, acaso deberíamos haberle esperado tanto tiempo?". "Entre los caciques locales —prosiguió Cheng Hu—, los ricos y pudientes que manejan los asuntos de las aldeas, no hay ni uno tan espléndido y generoso con sus allegados como el antiguo Señor Meng Chang.¹⁶ Imagínate, el padre se va y el hijo no puede tocar el dinero. ¡Qué mezquinos son!". "Ese Maestro de Armas, Hong Gong, parece no darse cuenta de cómo es la gente en realidad —rezongó Cheng Biao—. ¿No tendrá otros conocidos, que nos tuvo que enviar a

¹⁶ El Señor de Meng Chang, ministro de Qi (muerto 297 a.C.), mantenía un séquito de más de tres mil partidarios; su biografía se incluye en el *Shiji*.

este rincón perdido?" Así, entre una cosa y otra, se pasaron la mitad de la noche rezongando, hasta estar bien borrachos. De pronto, Cheng Hu dijo: "Ni siquiera sabemos lo que dice la carta de Wang Xinzhi para el Maestro de Armas Hong Gong; vamos a abrirla y echarle un vistazo". Cheng Biao desató uno de sus bultos, y sacando la carta, humedeció el sobre, lo abrió y leyó lo siguiente:

"Wang Ge saluda a su honorable maestro Ziqing y le envía esta respuesta. Hace mucho que nos dejamos de ver, pero pienso en usted frecuentemente. Recibir su carta fue como estar frente a frente, un verdadero placer. Recibí a los dos Cheng que me recomendó usted y los dejé con mi hijo. Sin embargo, puesto que tenían mucha prisa para partir y yo tenía que irme a Linán, no pude hacerles un regalo de mucho dinero. Me siento profundamente apenado por defraudar así sus esperanzas". Al final de la carta había una línea con caracteres muy pequeños que decía: "En cuanto a ese otro asunto, tendrá que esperar hasta que vuelva de Linán para que pueda cumplir con nuestro compromiso. Calculo que será en el otoño. Saludos. Wang Ge".

"Usted sí es un hombre rico —prorrumpió Cheng Hu furioso, cuando su hermano terminó de leer: Llegamos a su lado a propósito para que nos acogiera y si nos hubiera tratado generosamente, habríamos sido amigos. No somos jornaleros, ¿qué razón tiene de tomar en cuenta la duración de nuestra estancia? Ahora dice que tuvimos prisa en partir, por lo que no pudo darnos un buen regalo. Esto comprueba que intencionalmente nos menospreciaba". Cheng Hu quería hacer pedazos la carta y quemarla, pero Cheng Biao no lo dejó, y guardándola de nuevo, dijo: "El Maestro Hong Gong nos dio la recomendación. Llémosle la respuesta para que vea que no valió la pena". "Tienes razón" —dijo Cheng Hu, y se acostaron sin decir más.

A la mañana siguiente se levantaron y emprendieron otra jornada de viaje. Al tercer día llegaron a Taihú y buscaron al Maestro de Armas Hong Gong. Éste se sentó en su salón de té con ellos e intercambiaron los saludos de costumbre. El caso es que Hong Gong había tomado una concubina de nombre Xiyí.

Era una mujer hacendosa que cuidaba los gusanos de seda, hilaba y jamás faltaba al quehacer. Hong Gong la quería mucho. Sin embargo, a pesar de ser tan trabajadora, era tan mezquina que no soportaba ofrecerle a un invitado ni siquiera una copa de agua. En la visita anterior de Cheng Biao y Cheng Hu, aunque Hong Gong los había llevado a dormir en el templo, les había pagado la cena y el desayuno, y su mujer se lo había increpado sin cesar durante varios días. Ahora los Cheng habían vuelto y Hong Gong no se atrevía a festejarlos, ni tenía dinero para darles. Sí tenía varios rollos de buena seda en la casa y decidió obsequiárselos. Pensando que Xiyí no lo consentiría, él mismo entró al cuarto del fondo y sacó cuatro rollos que sostuvo contra su pecho con los dos brazos. Justo cuando salía, tropezó con Xiyí, quien le cortó el paso. "¿A dónde vas con esa seda, viejo bruto?", le gritó. Sin poder disimular, Hong Gong alcanzó a suplicarle: "Los hermanos Cheng son buenos amigos míos. Han venido desde muy lejos para despedirse de mí antes de regresar a su pueblo. No tengo con qué demostrarles el aprecio que les tengo, así es que tienes que prestarme esta seda temporalmente y dejar de llevarme la contra y ser terca". "¡Trabajé hasta agotarme para tejer esa seda —respondió Xiyí— y no se va a regalar así nada más! Si tú tienes seda, se la puedes regalar a tus amigos, pero lo que es mío no me lo toques". Hong Gong insistió: "Han venido desde muy lejos para verme y no tengo siquiera un poco de vino que ofrecerles. ¿Cómo les vamos a negar estos cuatro rollos de seda? Mi querida mujer, aunque me equivoque, déjame tomar la decisión. Después de que se hayan ido te recompensaré". Dicho lo cual, empezó a retirarse, pero Xiyí lo retuvo por la manga: "Dices que han venido desde lejos. ¿Qué clase de amistad es ésta? La última vez obtuvieron dos alimentos sin pagar y esta vez tendrán esperanzas semejantes. No me hice ni siquiera una prenda de vestir de esa seda. ¿Acaso son familiares o amigos del alma y por eso se la quieres dar? ¡Si quieren seda, que me la vengan a pedir a mí!". En vista de que su concubina se negaba obstinadamente a ceder, y para que los Cheng no se vieran obligados a esperar demasiado, Hong Gong zafó con violencia la manga y se fue corriendo al salón de té. Fuera de sí, Xiyí gritaba desesperada-

mente: "Estafadores sinvergüenzas, no son nada de nosotros y vienen a gorrear cuanto quieren. Cualquiera debe saber lo que conviene a su propio negocio. Tenemos un salón de té y no ganamos mucho dinero. Dice el dicho que la caridad bien entendida empieza por casa,¹⁷ y tenemos que convivir con semejante lelo, semejante viejo bruto, que descuida sus obligaciones e invita a unos salvajes ociosos a armar camorra en su propia casa. ¡Quisiera ver cuál de tus finos amigos te dará un grano de arroz el día en que tu olla esté vacía!". Siguió hilando maldiciones sin fin a medida que avanzaba hasta quedar parada detrás del biombo frente a la puerta. Los Cheng escucharon cada palabra de Xiyí desde el principio y se incomodaron muchísimo. Ahora oyeron la última retahíla de imprecaciones y profundamente turbados, sin esperar a despedirse de Hong Gong, levantaron sus atados y se fueron. Hong Gong los alcanzó en el acto. "Hemos tenido unas desavenencias en estos últimos días —explicó—, por eso soltaba esos improperios. Por favor, señores, no le hagan caso y acepten estos cuatro rollos de seda burda en lugar de una comida. No los rechacen por insignificantes". ¿Cómo podían los Cheng aceptar? Se negaron con todas sus fuerzas y por fin Hong Gong no tuvo más remedio que llevar su seda de regreso a casa. Cuando Xiyí vio que había recuperado su seda puso fin a la diatriba. Como dicen:

Siempre fue la mezquindad de la mujer
la que escatimaba hasta un ardite,
dejando al marido sin prestigio alguno,
y alejando injustamente a amigos y parientes.

En términos generales, una esposa debe ser trabajadora, frugal y ahorrativa, pero es también una cualidad admirable si sabe tratar a la gente amablemente. La obstinada mezquindad de Xiyí no dejaba lugar a la dignidad de su marido. Ella se podía esconder en su casa, pero su esposo tenía que salir y enfrentarse al mundo. ¿Qué clase de hombre podría ser? Así, la amistad se vuelve inquina y el que busca pleitos a menudo los encuen-

¹⁷ El dicho chino dice textualmente: "cuando un hombre sin dinero paga las cuentas de otro, su propia casa seguramente ha de ser pobre".

tra. Por eso bien decían los antiguos: "Con una esposa digna un hombre tiene pocos problemas. Con hijos obedientes, un padre puede estar tranquilo". Pero basta de nimiedades. La idea original de los hermanos Cheng era de ir a ver al Maestro de Armas con la esperanza de que una vez ahí, los invitaría a quedarse. Entonces tendrían oportunidad de desahogar sus penas con él y pedirle otra carta de recomendación con la que podrían comenzar de nuevo. Nunca se imaginaron que los fueran a recibir con una lluvia de imprecaciones. Frustrados en el deseo de desahogar su rencor, se acordaron de la carta de Wang Xinzhi que no habían entregado. "La carta contiene como postdata unas misteriosas palabras acerca del cumplimiento de un compromiso en el otoño. Odiamos de todo corazón a Wang Xinzhi. ¿Qué tal si lo denunciemos por tramitar una rebelión y nos vengamos de los dos a la vez? Ese sí es un buen plan. Sólo que hay un detalle: la carta no contiene una sola prueba sobre la cual basar una denuncia, a menos que. . .". Los hermanos partieron de Taihu a Jiangzhou. En las afueras de la población buscaron una posada donde dejar sus pertenencias. Al otro día se cambiaron de ropa y fueron a pasar el tiempo frente al *yamen*¹⁸ del funcionario encargado de la pacificación. Más tarde regresaron y desayunaron, diciéndose: "Hace mucho que no visitamos la torre de Xunyang. ¿Por qué no vamos a visitarla hoy mismo?" Cerraron con candado el cuarto y, llevándose unas onzas de plata, tomaron el camino de la torre de Xunyang. Había un gran número de personas visitando el lugar, por lo que los hermanos se recargaron en el barandal y contemplaron el paisaje. De repente alguien se asió a la manga de Cheng Biao: "Hermano Cheng, ¿cuando llegaste?" Cheng Biao volteó la cabeza y reconoció a un agente secreto del gobierno prefectual, apodado Pelón Zhang. Cheng Biao llamó en el acto a su hermano y juntos se inclinaron ante Zhang. "Es una larga historia. Vamos a tomar unas copas para contarla con calma". Los tres descendieron, escogieron asientos desocupados y pidieron vino. "Supe —dijo Zhang— que daban instrucción en la casa de Wang, de Anqing; eso debe

¹⁸ *yamen*, oficina pública.

haber sido una buena colocación". "¡Menuda colocación — prorrumpió Cheng Biao—. Por poco nos vemos envueltos en un lío grande". Después susurró al oído a Zhang: "Wang Xinzhi domina toda la campiña y empieza a tramitar una rebelión. Aprendió de nosotros las tácticas de tiro al arco a caballo. Tiene varios miles de partidarios, todos entrenados y ejercitados a la perfección. Ha hecho un pacto con el Maestro de Armas Hong Gong, de Taihú, de que juntos se levantarán en armas en el otoño. Nos mandó juntar a todos los veteranos del "Ejército leal y recto" para sumarlos a la rebelión, pero no obedecemos y huimos hacia aquí". "¿Tienes pruebas" —preguntó el Pelón Zhang—, "Nos dio una carta para Hong Gong, que no entregamos" —contestó Cheng Hu. "¿Dónde está esa carta?" —preguntó Zhang. "Déjame verla". "Está en la posada" —dijo Cheng Biao. Los tres terminaron una vuelta y pagaron el vino. El Pelón Zhang los acompañó a la posada, donde leyó la carta. "Estas son cosas serias y secretas que no se deben divulgar —dijo Zhang—. Debo reportarlas de inmediato al Comisionado para la Pacificación. Estoy seguro de que ustedes recibirán una buena recompensa". Dicho lo cual se despidió y salió.

Al otro día el Pelón Zhang hizo el reporte secreto al Comisionado para la Pacificación Liu Guangzu, quien en el acto ordenó el arresto, encarcelamiento e interrogatorio de los Cheng. La carta de Wang Xinzhi, junto con la declaración de los Cheng, fueron enviadas enseguida con un mensajero rápido al Consejo Privado, cuyos funcionarios se alarmaron. "Wang Xinzhi está todavía aquí en la capital, esperando un nombramiento —dijeron—. Hagámoslo detener e interrogar." Pero cuando los alguaciles fueron a aprehenderlo, Wang Xinzhi ya no estaba. Por su espléndida generosidad siempre había tenido buenas relaciones con los funcionarios menores y los empleados del Consejo Privado. Cuando éstos se enteraron de las malas noticias, avisaron a Wang Xinzhi con tiempo suficiente para que se escapara durante la noche. Al no poder arrestarlo, la consternación de los miembros del Consejo Privado fue aún mayor. Se elevó una memoria al trono que tuvo como secuela un edicto imperial ordenando al Comisionado para la Pacificación que arrestara a Wang Xinzhi, a Hong Gong y a sus

cómplices. El Comisionado para la Pacificación envió un despacho al Prefecto Li, de Anqing, y de ahí a los distritos de Taihú y Susong, ordenando la aprehensión de los rebeldes.

Hong Gong tenía muchos partidarios en el distrito de Taihú, por lo que cuando supo de la orden de arresto, tuvo tiempo suficiente para esconderse y evitar el arresto. Pero la mansión y la fortuna de Wang Xinzhi eran demasiado grandes para que pudieran desaparecer de un momento a otro. En esa época no había magistrado en función en el distrito de Taihú, por lo que el cargo estaba vacante. La única autoridad presente era el alguacil mayor, un tal He Neng, temporalmente encargado del *yamen*. Al recibir la orden, movilizó a más de doscientos hombres y se dirigió a Madí. Antes de avanzar siquiera diez *li*, He Neng, a lomo de caballo, empezó a reflexionar: "Me he enterado de que los Wang, padre e hijo, son fuertes y valientes. Además, pueden juntar no menos de mil hombres entre los trabajadores de fundición y los pescadores. Si persisto en esto, ¿no estaré arriesgando el pescuezo en balde?". A continuación, tras deliberar con sus subalternos, fueron a esconderse en una barranca solitaria, donde permanecieron varios días. Al regresar, dio parte al Prefecto Li: "Sí, es verdad que Wang Xinzhi trama una rebelión. La aldea está totalmente armada y preparada para resistir el ataque. Nuestro destacamento no era suficiente para imponerse a tantos y por eso nos replegamos. Le ruego nos envíe un comandante valiente para que encabece una expedición que tenga el éxito asegurado". El Prefecto Li se lo creyó todo. Hizo llamar al comandante de la guarnición prefectural, Guo Ze, para consultarlo. "Wang Xinzhi domina toda la campiña y hace tiempo que perdió el respeto por los funcionarios de gobierno —dijo Guo Ze—, pero de ahí a que sea culpable de rebelión, los hechos distan mucho de ser claros. Según el informe resistió el arresto, pero, ¿quién ha visto un funcionario herido o un soldado muerto? En mi humilde opinión, no hay necesidad de movilizar a la tropa. Estoy dispuesto yo mismo a ir a ver lo que pasa. Si no está tramando una rebelión, haré que venga a la prefectura personalmente para que nos dé una explicación. Y si se niega a venir, no será demasiado tarde para deshacernos de él". "Tiene usted mucha razón en todo lo que ha dicho —contestó el Prefecto Li—. Le voy a pedir que se

tome la molestia de ir allá. Investigue el caso con el mayor cuidado y no se deje engañar de ninguna manera". "Estoy a sus órdenes" —dijo el comandante de la guarnición. "¿Cuanta gente llevará usted?" —prosiguió el prefecto. "Con una escolta de diez hombres de los míos será suficiente" —dijo Guo Ze. "Le voy a mandar a alguien que lo ayude" —dijo el Prefecto Li. Enseguida, mandó llamar al oficial de policía Wang Li, quien apareció a la carrera gritando: "¡A sus órdenes, señor!", y luego se colocó a un lado. El Prefecto Li lo señaló diciendo: "Este hombre es valiente y muy fuerte. Lléveselo. Le será útil en cualquier eventualidad".

Guo Ze siempre se había llevado bien con Wang Xinzhi. La razón por la cual él mismo quería ir, haciendo caso omiso del riesgo, era que quería prevenir a Wang Xinzhi y ayudarlo a salir del atolladero. No tenía idea de que el Prefecto le iba a mandar a Wang Li. Este, aprovechándose de haber sido enviado por un funcionario mayor, seguramente se jactaría de su capacidad y querría hacer alarde de sus habilidades, proponiendo sus propias iniciativas. Guo Ze no estaba seguro de cómo iba a manejar la situación. Por un lado, se inclinaba a rechazar la oferta y negarse a llevar a Wang, pero por el otro temía despertar las sospechas del Prefecto. Por fin, no le quedó más remedio que acceder, a pesar de no estar de acuerdo, y partir.

Al otro día, temprano por la mañana, Wang Li se puso listo y empezó a presionar a Guo Ze para que partieran. "Debemos llevarnos la orden de arresto de la prefectura —dijo—. Si este Wang Xinzhi nos acompaña por su propia voluntad, tanto mejor; si no, le he traído a usted una cuerda fuerte de cáñamo para amarrársela al cuello. La ley no conoce favoritos y a mí no me preocupa que se nos escape de aquí al cielo". "Aunque llevemos la orden, no la podemos revelar de inmediato; debemos proceder según las circunstancias del caso", dijo Guo Ze, ya bastante molesto. Wang Li insistió en ver la orden, por lo que Guo Ze no tuvo más remedio que enseñársela. Sin embargo, cuando Wang se la quiso quitar, Guo Ze se negó y la volvió a guardar en la manga. Ese mismo día Guo Ze y Wang Li montaron a caballo y, seguidos por un destacamento de veinte hombres, salieron de la cabecera prefectural hacia Susong.

Desde que salió de Linán para regresar a su casa, Wang Xinzhi sabía que el Consejo Privado había girado una orden de arresto en su contra. Lo que no sabía era de dónde provenía la acusación. Sin embargo, confiado en que en realidad no estaba conspirando y que sus partidarios eran completamente leales, no veía razón para preocuparse. Anteriormente, cuando el alguacil mayor He Neng se había lanzado con un destacamento de soldados a detenerlo, se había enterado de antemano, aunque nunca habían llegado a Madí. ¿Cómo no iba a enterarse esta vez? Efectivamente, se enteró de que Guo Ze había sido enviado desde la prefectura con apenas veinte hombre. Su única preocupación era que se tratara de una trampa para sonsacarlo, por lo que puso en alerta a sus partidarios e hizo los preparativos necesarios. Ordenó a su hijo Wang Shinxiong que tendiera una emboscada con un grupo de hombres fuertes y opusiera resistencia en caso de que el destacamento llegara hasta ahí.

Sucedía que la mujer de Wang Shixiong, nacida Zhang, era hija del cuarto señor Zhang, mercader de sal en Taihú, y una mujer muy inteligente. Al ver que su esposo se estaba armando, le preguntó la razón, y enseguida salió a hablar con Wang Xinhzi. "Suegro —le dijo—, a usted se le conoce por un hombre valiente y defensor de los oprimidos. Poco a poco los funcionarios le han llegado a envidiar y a odiar. Saben perfectamente que no está tramando rebelión alguna. El mejor camino sería hacerse presente y arreglar este asunto. Cualquiera que sea su falta, todavía es de poca monta, y la familia todavía puede ser protegida. Pero, si de veras resiste el arresto y convierte una acusación, por falsa que sea, en realidad, después será muy difícil rescatar la verdad y será demasiado tarde para arrepentirse". "El Comandante de Guarnición Guo es un viejo amigo. Cuando llegue, decidiremos qué hacer", contestó Wang Xinzhi, haciendo caso omiso del consejo de su nuera. .

(Si quiera saber lo que sigue, lea el próximo número de
Estudios de Asia y África)